

enlazar la vertiente moral ejemplar y la mitológica es «forzar la leyenda mitológica de cada uno de ellos, hasta hacerla coincidir con rasgos o comportamientos propios de determinados personajes bíblicos castigados por Dios». Tenemos, pues, personajes asimilados a la religión católica.

Una vez más, poesía y utilidad, excesos barrocos y templanza ilustrada, aparecen unidos, mostrando la compleja y particular naturaleza de este período.

Antonio Rodríguez Jiménez

SAMANIEGO, Félix María de
Obras completas. Poesía. Teatro. Ensayos. Ed. y prólogo de E. Palacios Fernández. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2001.

La Fundación José Antonio de Castro ofrece en un único volumen las *Obras* de Félix María Serafín Sánchez de Samaniego (1745-1801), editadas e introducidas por Emilio Palacios, su mejor conocedor. A lo largo de las extensas páginas preliminares se traza la biografía del escritor alavés en relación con los acontecimientos políticos y culturales derivados de la política borbónica durante los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, en un loable propósito de explicar su carrera literaria desde una percepción cultural del escritor y de la literatura.

Se nos cuenta así la esmerada educación recibida por el joven Samaniego en Logroño y Bayona, ciudad ésta en la que durante cinco años estudió Humanidades. Corresponde esta etapa a una época de formación literaria e inquietudes culturales que, con el apoyo del VIII conde de Peñaflores, Javier María de Munibe, acabaría por materializarse en la fundación en 1764 de la Real Sociedad Bascongada. Samaniego dedicó no pocos desvelos a esta institución, en la que comienza su carrera literaria, así como al Real Seminario Patriótico Bascongado,

centro educativo promovido por la propia Sociedad, que fue aprobado en 1776. Y aunque por aquellos años desempeñó cargos públicos que le mantuvieron ocupado, no olvidó su vocación literaria adaptando algunas fábulas de Esopo, Fedro o La Fontaine y preocupándose por la Poética, una de las asignaturas obligatorias del Seminario de Vergara. Cuenta Palacios que pudiera datar de esta época la redacción de la *Paráfrasis del «Arte Poética» de Horacio*, texto hasta ahora desconocido y que lógicamente se incluye en esta cuidada edición. Defiende en ella principios poéticos y culturales vinculados a la estética neoclásica y a la ideología ilustrada.

En 1777 ya había concluido la colección de las fábulas que remitió a Tomás de Iriarte y que se publicarían en 1781 para uso de los alumnos del Real Seminario Bascongado. Alcanzó un éxito rotundo, tanto que le valió un lugar de honor en la Sociedad y en la república de las Letras, como lo demuestran las sucesivas ediciones que desde 1787 merecieron sus *Fábulas*. No en vano dice Palacios que «Samaniego no es traductor de nadie, sino que pone al día un asunto tradicional al que confiere su propia personalidad, o sea, su ideología y sus querencias estilísticas» (p. XL). La justa fama alcanzada como fabulista coincide con una excelente labor de gestión al frente del Seminario, proyectándose incluso la creación de un instituto femenino en Vergara, iniciativa que, sin embargo, no prosperó.

El intelectual Samaniego se revela así como un hombre activo, inquieto y culto que participa activamente en la vida social y cultural del Setecientos. Aficionado a las tertulias, asiste a las más célebres, la auspiciada por la condesa-duquesa de Benavente o a la congregada por Llaguno y Amírola, entre otras. En este ambiente continúa su labor literaria e inicia su conocida polémica con Tomás Iriarte. De su ingenio y ferocidad como polemista son buena muestra los

ensayos crítico-satíricos que escribiera contra Iriarte, García de la Huerta o Masson de Morvilliers, todos ellos reunidos en la sección de «Ensayos literarios» del presente libro. Estas páginas dejan constancia del cultivo por parte de Samaniego de manifestaciones literarias distintas y del uso y valor de la literatura en la cultura dieciochesca.

A propósito del cultivo de otros géneros, sobresalió también el ingenioso Samaniego en la escritura de cuentos eróticos en verso. Como en las fábulas, supo adoptar recursos tradicionales y personalizarlos o actualizarlos según a su intención convenía. Forman éstos *El jardín de Venus*, poemario que ya diera Palacios a conocer en 1977 y que ahora presenta ampliado gracias a un manuscrito de la colección Rodríguez-Moñino. Más allá del género en sí mismo, interesa la unión de diversas ascendencias literarias y formales todas ellas puestas de relieve por el editor.

Hasta la fecha de su muerte, sobrevenida en 1801, fue Samaniego un hombre vital que conjugó la actividad literaria con la acción social y el compromiso político. Contribuyó con su vida y con su obra a reactivar la vida cultural vasca. Es un prototipo del intelectual dieciochesco o, por mejor decir, del intelectual de ascendencia noble al que la cultura ilustrada aplaude por su comportamiento civil. Como literato fue además un hombre de su tiempo, cultivador de la poesía, el ensayo y hasta el teatro, al que contribuyó con la *Parodia de Guzmán el Bueno*, apartados estos tres en los que se organiza la edición. Ésta además se completa con un «Índice de primeros versos» que siempre de agradecer. En suma, Palacios nos ofrece nuevos textos, ediciones desconocidas, interpretaciones y datos iluminadores que completan el conocimiento del escritor vasco y de su producción literaria desde la visión enriquecedora de la cultura dieciochesca.

M.^a José Rodríguez Sánchez de León

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro

La comedia nueva o El Café. Edición, introducción y notas de J. Álvarez Barrientos. Orientaciones para el montaje J. L. Alonso de Santos. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.

En las historias de la literatura, del teatro y en los programas docentes, la dramaturgia del siglo XVIII (y, en general, la literatura de aquella época) suele salir muy mal parada. Dos razones han contribuido a ello: la primera, la comparación de los autores dieciochescos con los Lopes y Calderones de la centuria anterior y, la segunda, y a mi modo de ver la más nefasta, la identificación del Siglo de las Luces con una etapa carente de imaginación y vis cómica fundamentada en la racionalidad de la vida y de la literatura. Afortunadamente hace muchos años que investigadores y profesores han tratado de destruir esa imagen. Pero todavía resulta necesario insistir en que el teatro dieciochesco divertía y entretenía.

Precisamente ésta es la perspectiva adoptada por Álvarez Barrientos al presentar una vez más la pieza de Moratín *La comedia nueva o El café*. Leandro Fernández de Moratín, de formación classicista, pertenece a una segunda generación de escritores, distinta en muchos aspectos de aquella que su padre compartió con Cadalso, Jovellanos, fray Diego González o Ponz. Fueron sus contemporáneos Meléndez Valdés, Forner, Cienfuegos, Marchena, Quintana o Alberto Lista, personajes que se adentran en la vida literaria y cultural del siglo XIX. Y, como estos últimos, Moratín el joven buscó alternativas dramáticas dirigidas a satisfacer, dentro de la estética clásica, las exigencias del público a «de la edad que va pasando».

En este contexto, Moratín se compromete a interesar con sus comedias a la sociedad presente, aun a riesgo de perder entradas o de sufrir los rigores de la crítica y de la censura. Su teatro responde a la realización de teorías